



En pampa y la vía. Crotos, linyeras y otros trashumantes

Baigorria, Osvaldo

Buenos Aires, Perfil Libros, 1998.

Leonardo Piña Cabrera

Reconociendo la marcada presencia andariega en la historia de su país, y en la de su propia familia, el periodista y escritor argentino Osvaldo Baigorria explora, en esta entrega, la íntima y dialógica relación entre las fuerzas estructurantes e individuales de la sociedad a partir, entre otras cosas, de la caracterización de la población *crota* y *linyera* del pasado, y de su diferenciación con la *sin techo* del presente. Ligando, una, con la estacionalidad del trabajo rural y cierto impulso aventurero y libertario y, la otra, con las dinámicas excluyentes de la sociedad de mercado, este autor informa que entre las décadas del 30 y 40 unos 200 mil a 380 mil representantes de la primera circularon a través del trazado ferroviario (p. 7), mientras que la segunda fluctuaría entre los ocho mil a poco más de un millar, hoy por hoy en Buenos Aires, según se trate de estimaciones hechas por privados o el gobierno (pp. 106-107).

Tras “*la ruta de las cosechas, o simplemente para viajar de un pueblo a otro sin pagar boleto cuando el trabajo escaseaba*” (p. 13), el mundo de los *crotos* más ampliamente sería el “*de quienes vieron en la trashuman- cia una vía para encontrar, precisamente, su propia huella*” (p. 14), camino compartido con *linyeras* y otros trashumantes, la mayoría ‘trabajadores golondrina’ venidos desde Europa cada primavera en una cantidad que habría bordeado los cien mil por año durante la

primera década del pasado siglo (p. 28). Aún así una realidad no únicamente económica, en su opinión el *crotaje* podría describirse como “*una subcultura de trashumantes [que] se ha dedicado a recorrer las vías y caminos de la Argentina, en fuga del hogar sedentario, el trabajo permanente, la propiedad, el patrón o la ley*” (p. 7); o bien, como “*un comportamiento social generalizado entre los jóvenes extranjeros y nativos de las clases sociales más bajas de aquellos años*” (p. 8), de suerte que la condición de *croto*, en tanto impulso vital que lleva al movimiento, correspondería a la de “*aquel que intenta vivir la vida como la voluntad de andar detrás de un llamado*”, de acuerdo a una ‘in-definición posible’ que él mismo aporta (p. 125).

Derivando el término *croto* del apellido del Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, José Camilo Croto, quien hacia 1920 los habría liberado del pago en los trenes de carga (p. 13), Baigorria apunta que el de *linyera* provendría del atado de ropa que estos solían llevar al hombro, muy probablemente en alusión a la denominación italiana de ropa interior, ‘linger’ o ‘lingera’ (p. 27). Mundo desconocido para el sedentario, en sus palabras “*a veces el detonante fue la miseria; a veces, la incapacidad de soportar las presiones sociales, la rutina, las obligaciones; en otros casos, alguna pérdida afectiva u otros problemas familiares; en muchos, simplemente haber es-*

cuchado el llamado de la aventura” (p. 11); o, como en el caso de su padre, la insuficiencia salarial para hacer frente a las cuentas, circunstancia que lo lleva a “*no volver a casa y largarse a andar de croto*” a los 16 años (p. 35). *Crotos*, en principio, los trabajadores criollos y *linyeras* los provenientes del extranjero cada año, con el tiempo tal distinción se iría diluyendo incorporándose en la primera a todos los que andaban en las vías.

Afirmando, en otra parte, que “*la huella del croto no es idéntica a la del homeless*” (p. 17) marcada, más bien, por la falta que por la tenencia de algo, Baigorria las distingue a partir del acto voluntario que fundaría la primera, toda vez que mientras “*los habitantes sin techo de toda urbe son una muestra de exclusión extrema, forzada, impuesta por la sociedad de mercado, el croto siguió voluntariamente el rastro que lo llevaría a un lugar de no-pertenencia*—de manera que este, continúa— *no se definió por la carencia que implica la preposición ‘sin’*. Su estilo fue más la renuncia que el despido. Y más el abandono del hogar que la pérdida de la vivienda” (ibíd.). Así expuesto, la huella del *croto* que en los hechos no tenía ningún destino físico en particular, en su comprensión sí lo habría tenido hacia sí misma dado que “*el andariego no quiere otra cosa que andar. La huella es un fin en sí. El camino es un destino*” (ibíd.).

Ahí una diferencia, otras se localizarían en el ámbito del lenguaje (más formal en el caso de *crotos* y *linyeras*), de sus ideales y costumbres (herederos de la tradición anarquista y gaucha de la solidaridad y el espíritu contemplativo), y de su actitud hacia la libertad, que contra el pavimento y en condiciones de mendicidad, de acuerdo al testimonio de uno de los especialistas que entrevista, se transformaría en algo muy “*psicótico, porque no hay ninguna libertad en pasarse todo el día trabajando para conseguir un lugar donde dormir*” (Moffatt, p. 106). Arrinconados en la ciudad, su rumbo se confundiría con el de los demás miembros de su población ‘sin techo’, entre los cuales “*jubilados, desocupados, alcohólicos y enfermos de diversas dolencias se mezclan con chicos de la calle y con familias enteras de emigrados del interior que se que-*

daron sin casa o que vinieron a visitar a algún pariente en un hospital” (p. 106). La mayoría hombres (85%), su existencia podría explicarse, conforme al citado especialista, por la articulación de tres círculos concéntricos, esto es el de la normalidad, al centro, y otros dos alrededor suyo dados por la transgresión y la marginación. Definidos centralmente como una marca de poder, la pertenencia a uno u otro, no definitiva del todo, guardaría relación con la existencia de una mayor o menor cercanía con aquel, de forma que si una persona pierde empleo, familia y casa, y el sentido de la esperanza después, iría pasando de uno a otro dificultándose su retorno, más aún con el agravante del alcohol y la depresión.

Asunto asociado más al orden económico que a cualquier otro, mientras en el segundo grupo estarían quienes mantienen líneas de contacto y aún pueden moverse hacia el primero (artistas, prostitutas o desocupados, por ejemplo), en el tercero se ubicarían aquellos que ya habrían pasado ese otro límite, como los chicos de la calle, los mendigos y *sin techo*, los psicóticos y presos. Margen difuso en una dirección y no tanto en la otra, al igual que con los *crotos* históricos, muchos lazos vincularían la vastedad de sus universos en relación, y muchas circunstancias, del mismo modo, podrían gatillar tales movimientos centrífugos: “*un traspie, un desliz, un roce con el borde, un tropezón en la frontera entre trabajo y ocio, familia y nomadismo, normalidad y anormalidad... y de pronto todos somos —o podemos ser— crotos*” (p. 114). De manera distinta a la vivenciada sobre el trazado ferroviario, esta nueva modalidad, en los pocos casos que aún saldría a los caminos, todavía compartiría el discurso de la libertad no obstante el *croto*, como personaje, haya sido “*desplazado por los sin techo en el imaginario urbano de fin de siglo*” (p. 118). Porque lo que habría retrocedido, en su juicio, “*es el clima y el razonamiento que ponía en el horizonte una sociedad libertaria, una comuna de maíz, una utopía gaucha*” (ibíd.), no esa voluntad o anhelo, y mucho menos su propia y reconocida nostalgia de hijo de *croto*, esa que lo lleva a ocupar las palabras del dramaturgo anarquista González Pacheco para dibujarlo como “*el bohemio de la ciudad trasladado al campo*” (p. 33).